

anza? ¿Qué mal hay en ello? El, *L'arso*, y yo, *Paranza*. ¡A mucha honra!

Ya no se reía Venerina al enseñar el italiano a su novio: lo hacía más bien con una especie de rabia.

—¿Lo ves?—le decía—. Por eso se burlan... ¡Se dice así!... ¡Claro, más claro!... ¿Tanto te cuesta, María Santísima?

El pobre Cleen—¿qué iba a hacer?—sonreía, apacible, y procuraba pronunciar mejor. Pero a los dos días tenía que volver a marcharse; y de aquellas lecciones, tan a menudo interrumpidas, no sacaba todo el provecho que Venerina hubiera deseado.

—Eres muy torpe, querido...

Estas discusiones le parecían pueriles a don Pedro, condenado a estar de guardia, y se aburría. Su presencia, en cambio, violentaba a Cleen, que no podía comprender para qué le necesitaban. ¿No era él ya el prometido de Venerina? ¿No podía salir solo con ella, de paseo, ir por la meseta, por el campo? Lo propuso un día; pero la misma Venerina le sorprendió, al preguntarle:

—¿Estás loco?

—¿Por qué?

—Aquí, a los novios, no se les deja solos ni siquiera un momento.

—Se requiere el vigía—murmuraba don Pedro.

Y Cleen se sentía molesto por todas aquellas constricciones que empequeñecían su espíritu y le confundían. Empezaba a experimentar una sorda irritación, un secreto desagrado al verse tratado, en aquel lugar, y considerado casi como un estúpido, y temía llegar realmente a serlo.

VII

Pero que no era tonto lo sabía muy bien el patrón Di Nica, por la manera con que desempeñaba los encargos y los asuntos con aquellos ladrones de agentes de Túnez y de Malta. Lo callaba—según su costumbre—, no por callar el mérito y las alabanzas, sino por las consecuencias de las alabanzas, ¿eh?

Juzgó, sin embargo, demostrarle cumplidamente lo satisfecho que estaba de él concediéndole diez días de permiso, con motivo de la boda.

—¿Poco diez días? Bastan, querido amigo—dijo a don Pedro, que se mostró disgustado—. ¡Ya verás, ya verás qué hermoso vástago te confeccionan en diez días! Lo más que puedo hacer es permitirle que, al reembarcar luego, se lleve a su mujer a Túnez y a Malta, en viaje de boda. Es un joven serio y me fío de él. No puedo hacer más.

Rechazó presuroso el ofrecimiento de don Pedro, para que fuese padrino de la boda.

—No por ese buen muchacho, compréndalo; pero, si, lo que Dios me libre, lo hiciera una vez, no haría yo otra cosa en mi vida. Nada, nada, amigo Pedro. mandaré un regalito a la novia, en atención a nuestra antigua amistad; pero le encargo que no se lo diga a nadie.

Por su parte, la tía Rosa apeló al excelente corazón que Dios le había dado para ofrecer otro presente a Venerina: un par de pendientes del año de la Nanita. Tuvo, además, la amabilidad de poner a disposición de los esposos, para aquellos diez días de luna de miel, su finca del Monte Cioccafa.

—Pero..., cuidado con los muebles, ¿eh?

Tratábase de cuatro sillas desvencijadas, en las que las carcomas de que estaban llenas simulaban un repiqueteo de dedos. Por añadidura, el olor a mohó, en aquella casucha decrepita, era insoponible.

En cuanto Venerina llegó a ella en coche con el esposo y los dos tíos, después de la boda, se apresuró a abrir de par en par todos los balcones y ventanas.

—¡Cuidado con los cortinones!—chillaba doña Rosalía, tratando de correr tras la impetuosa sobrina.

—Deja que tomen un poco de aire. Mira cómo respiran. ¡Qué delicia!

—Sí...; pero con la luz pierden el color...

—¡No son de brocado, tía!

La horita que pasó allí con los esposos fué un verdadero suplicio para doña Rosalía. Sufría al ver tocar aquellos objetos, como si le estropeasen los teñidos ricitos que le aureolaban la frente; sufría al ver entrar, con sus toscos zapatones ferrados, a la familia del colono, que venía a presentar sus respetos a los recién casados.

Junto al patio empedrado de la casa, que tenía en el centro una cisterna, ocupaba con su familia el colono, que cuidaba de la finca, una estancia oscura, que servía a la vez de vivienda

y establo. Vacilantes, perplejos, como si no supieran si estaba bien o mal lo que hacían, traían un cesto de fruta fresca.

Lars Cleen contemplaba asombrado aquellos seres humanos, que le parecían de otro mundo, vestidos de aquella manera, tan ennegrecidos por el sol. Se le antojaban hasta tal punto extraños y distintos de él, que se maravillaba de que, al mirar, parpadeasen, como él parpadeaba, y que al hablar moviesen los labios, como los movía él. ¿Pero qué decían?

Sonriente, la mujer del colono contaba que uno de sus cinco hijos, el segundo, tenía las fiebres desde hacía dos meses, y no se movía de la cama, como un muerto.

—Ya no parece el mismo, pobre hijo mío...

Sonreía, no porque no sintiera pena, sino para no mostrar su afición mientras los amos estaban de fiesta.

—Iré a verle—le prometió Venerina.

—¡Ni por pienso! ¿Qué dice *vuesamercé*?—exclamó angustiada la campesina—. No se cuide de nosotros... Disfrute *vuesamercé*... ¡Qué buen mozo es su marido! Crea que no me atrevo ni a mirarle...

—¿Y yo?—preguntó don Paranza—. ¿No soy también un buen mozo? Y también estoy casado: con doña Rosalía. Somos dos parejas.

—¡Cállese!—gritó ésta—. No quiero que ni en broma se digan ciertas cosas...

Venerina reía como una loca.

—Es en serio, es en serio—protestaba don Pedro.

Y tanto insistió en la tonta broma, para que se riese su sobrina, que la tía no quiso volver sola

con él al pueblo, en el coche. Mandó al colono que subiera en el pescante, con el cochero.

—Hay malas lenguas..., y hay que tener cuidado con un loco como usted...

—¡Ah, querida doña Rosalía! ¿Qué quiere usted ya de mí? Nada puedo hacerle ya—le dijo don Pedro en el coche, a la vuelta, moviendo la cabeza y lanzando por las narices un gran suspiro, como si exhalara toda la alegría demostrada a su sobrina—. Quisiera haber hecho feliz a esa pobre muchacha.

Parecíale haber realizado ya el objeto de su larga, penosa, desordenada vida. ¿Qué le quedaba ya por hacer?... Ponerse a disposición de la muerte, con la conciencia tranquila, sí, pero angustiada... Otros cuatro días de tedio..., y luego, allí...

El coche pasaba cerca del camposanto, erguido sobre la colina, que las llamaradas del ocaso enrojecían.

—Allí... ¿Y qué habré hecho?

Doña Rosalía, al lado de él, con los labios fruncidos y los ojos fijos, atisbadores, se esforzaba en imaginar lo que estarían haciendo en aquel momento los esposos, ya solos, y dominaba el enojo que sentía surgir en ella, traducido en cólera contra aquel hombrón, ahora viejo, que estaba junto a ella. Se volvió a mirarle, le vió con los ojos cerrados, y lo creyó dormido.

—Ea, despierte... Estamos llegando...

Don Pedro volvió a abrir los ojos, enrojecidos por el llanto contenido, y murmuró:

—Lo sé, mujercita mía... Estoy pensando en los peces de esta noche... ¿Quién me los va a guisar? Me he quedado solo...

VIII

Superado el primer momento de la vivísima turbación ocasionada por la familiaridad, más que ninguna íntima, con un hombre que le parecía aún llovido del cielo, Venerina se dedicó a proteger y llevar de la mano, como a un niño, al marido, maravillado por los espectáculos que le ofrecía aquel campo, aquella Naturaleza, para él tan extraña y casi violenta.

Parábase él a contemplar detenidamente ciertos enormes olivos, retorcidos, llenos de nudos, de vástagos, de resquebrajaduras, y no cesaba de exclamar:

—¡El sol, el sol!—como si en aquellos troncos viese impresa la ardorosa furia solar, de la que se sentía aturdido y casi ebrio.

Lo veía en todo, y especialmente en los ojos y en los labios ardientes y golosos de Venerina, que reía de los asombros de él y le llevaba consigo para enseñarle otras cosas que le parecían más dignas de ser vistas: la gruta de Cioccafá, por ejemplo. Pero él se detenía cuando menos lo esperaba su compañera, ante ciertas cosas para ella comunes.

—¿Pero qué es lo que estás mirando? ¿Unos higos chumbos?

Parecíale verdaderamente un chico, y se echaba a reír al verle asombrado por nada, y le sacudía, le soplabá en los ojos, para sacarle de aquel estupor que a veces le dejaba atónito.

—¡Despierta, despierta!

Y entonces él sonreía, la abrazaba, y se dejaba conducir, entregado a ella, como un ciego...

Volvió siempre a hablar, con las mismas frases de horror, de la familia del colono, a la que ambos habían hecho la visita prometida. No podía mirar con calma que aquella gente habitase allí, en aquel local, que se había convertido casi en una gruta húmeda y fétida, y en vano le repetía Venerina:

—Pues si les quitaran de la habitación el burro, el cerdo, y las gallinas, no podrían dormir en paz. Tienen que estar todos juntos, formar una sola familia...

—¡Es horrible, horrible!—exclamaba él agitando las manos—. ¡Y aquel pobre muchacho, sobre aquel jergón, en el suelo, amarillo por la fiebre continua, y casi en los huesos? Le daban unos cocimientos infalibles. Se curaría como se habían curado los otros. Y mientras tanto, el pobrecillo, ¡qué pena!, permanecía allí, royendo, sin gana, un pedazo de pan negro...

—No hay que pensar en ello—le decía Venerina, que también se apenaba, pero no tanto, sabiendo que la pobre gente vive así. Creía que también debía saberlo su marido, y por esto, al verle tan afligido, se afirmaba cada vez más en la idea de que fuese la suya una bondad no común, casi morbosa, lo cual le desagradaba.

Pasaron pronto aquellos diez días de campo.

De vuelta al pueblo, Venerina acompañó hasta el vaporcito a su marido; pero no quiso embarcar con él, para el viaje de boda concedido por Di Nica.

Don Pedro la animaba.

—Verás Túnez, que nuestros queridos hermanos franceses, siempre amables, nos han robado... Verás Malta, adonde el tontaina de tu tío fué a arruinarse. Ojalá pudiera ir yo también... Verías con qué gana me abofetearía, si me encontrara conmigo mismo en las calles de la Valletta, como entonces, joven patriota imbécil.

No, no. Venerina no quiso: tenía miedo al mar, y además, le daba vergüenza, en medio de todos aquellos hombres...

—¿Pero no vas con tu marido?—insistía don Pedro—. Así son todas nuestras mujeres. No han de complacer jamás a los hombres... ¿Tú qué dices?—preguntaba a Cleen.

Este no decía nada: miraba a Venerina, con el deseo de llevarla consigo, pero no quería que hiciera un sacrificio o que tuviese que sufrir verdaderamente por el viaje.

—¡Comprendido!—declaró don Paranza—. ¡Eres un completo *babbalacchio!* (1).

Lars no comprendió la expresión siciliana, pero sonrió al ver reírse a Venerina. Y poco después se marchó solo.

En cuanto se hubo alejado del puerto, después del último adiós con el pañuelo a su mujer, que agitaba el suyo desde el Muelle, y casi no se distinguía ya, experimentó instintivamente un gran

(1) Bobalicón. (N. del Tr.)

desahogo, que, a la vez, le sumió en más tristes pensamientos. Allí, solo ante el espectáculo del mar, se dió cuenta de haber sufrido durante aquellos diez días una intensa opresión en la intimidad, tan grata, sin embargo, de la joven esposa. Ahora podía pensar libremente, expandir sus ánimos, sin tener ya que esforzarse en adivinar, en entender los pensamientos y las sensaciones de aquella criatura tan distinta de él, y que, sin embargo, tan íntimamente le pertenecía.

Se confortó con la esperanza de que con el tiempo se adaptaría a las nuevas condiciones de vida y llegaría a pensar y sentir como Venerina, o que ésta, por el cariño y la íntima convivencia, conseguiría llegar a él y no le dejaría ya solo en aquel angustioso destierro de la mente y del corazón.

Mientras tanto, Venerina y el tío hablaban de él en la nueva casita, a la que también había ido a vivir don Pedro.

—Sí—decía ella sonriendo—, verdaderamente es lo que tú le has llamado.

—¿Bobalicón? ¿Tontaina?—preguntaba don Paranza—. Sí; pero es muy bueno, muy bueno.

—Hoy es uno y lo mismo, tío—observaba, suspirando, Venerina.

—Verdad—reconocía don Pedro—. Hoy, en efecto, a los bribonzuelos se les llama listos, y tu tío es el primero en respetarlos. Pero esperemos a que la brisa de nuestro mar, que debe ser más salado que el de su país, le anime. Tengo mucho miedo, sin embargo, de que se parezca demasiado a mí, en cuanto al juicio.

Don Pedro le había tomado afecto, pero no se proponía, ni por curiosidad, tratar de penetrar

en su pensamiento, ni se le ocurría aconsejarlo a Venerina.

—Verás—le decía más bien—, verás como poco a poco adquirirá las costumbres de nuestro país... Cabeza tiene para ello.

Antes de marchar, Cleen indicó a Venerina que no dejase seguir pescando a su tío; pero don Pedro no sólo se negó, sino que protestó airadamente:

—¿No sabes ya qué hacer de mis congrios? Bueno, bueno, me los comeré yo sólo...

—No es por eso, tío...—replicó Venerina.

—¿Queréis entonces que me muera?—exclamó don Paranza—. Había en mis tiempos un pobre campesino de noventa y cinco años, y todas las mañanas iba del campo a Girgenti con un gran cesto de hierbajos, y andaba todo el día dando vueltas para venderlos. Al verle tan viejo, se compadecieron de él y lo llevaron a un asilo, e hicieron que se muriese a los tres días. ¡El equilibrio, querida mía! Al quitarle el cesto que llevaba auestas, el pobrecillo perdió el equilibrio, y se murió. Igual me pasaría a mí, si me quitasen la caña. He de seguir pescando esta tarde y mañana y hasta que hinque el pico.

Y se iba con sus aparejos y su linternilla a la escollera del puerto.

Al quedarse sola, Venerina se ponía a pensar en el marido lejano. Lo esperaba con ansiedad en aquellos primeros días, pero no se le ocurría que pudiera hacer otra vida: dos días en casa y el resto de la semana fuera; dos días con él, y el resto de la semana sola, esperando cada noche a que el tío volviese de la pesca; después, la cena;

después, a la cama, sola, tranquilamente... ¿Se contentaba? No; y sin embargo, así había de ser. ¡Demasiado poco!... Y permanecía largo tiempo absorta, en un vivo y secreto deseo, que a la par le inspiraba cierta sensación de angustia, casi de espanto...

—¿Cuándo?

IX

—¡Caramba! ¡Qué prisa!—exclamó don Paranza en cuanto advirtió las primeras náuseas, los primeros vahidos—. Lo previó ese pirata de Agostino. Pero, dime: ¿has tenido miedo de que tu tío no llegase a escuchar los hermosos cantos del gatito?

—¡Tío!—dijo Venerina, ofendida y sonriente.

Era dichosa: le había caído quehacer durante aquellas largas noches, sola en la casa: gorritos, baberos, fajas, camisitas...—y no las noches solamente. No tuvo ya tiempo ni ganas de cuidarse de sí, toda consagrada ya al angelito que venía —¡del cielo, tía Rosalía, del cielo!—gritaba a la tiita pudibunda, abrazándola con furia y descomponiéndola.

—Y los padrinos serán usted y tío Pedro.

Doña Rosalía abría y cerraba los ojos, tragaba saliva, falta de aliento, con los apretones de aquella bendita muchacha que parecía haberse vuelto loca y no tenía ningún miramiento con sus complicados emplastos.

—Bueno, bueno, con mucho gusto... Con tal de que se le ponga un nombre de cristiano... Todavía no sé cómo llamar a tu marido...

—Llámelo *L'arso*, como le llaman todos—contestaba riendo Venerina—. Ya no me importa.

Ya no le importaba nada: ni se componía siquiera un poco, cuando él iba a llegar.

—Por lo menos, rízate un poco el pelo—le aconsejaba doña Rosalía—. No estás bien así...

Venerina se encogía de hombros:

—¿Ahora? Así, si me quiere. Y si no me quiere, que me deje en paz. ¡Tanto mejor!

Y era tan exclusiva en su alegría, que Cleen no se sentía llamado a compartirla, como alegría también suya: sentíase dejado aparte, y alegre solamente por ella, casi como si el hijo que iba a nacer no debiese pertenecerle a él, por nacer allí, en aquel país que no era el suyo, de una madre que ni siquiera se cuidaba de saber lo que sintiese y pensara el padre.

Ella había encontrado ya su puesto en la vida: tenía su casita, su marido, en breve tendría también el hijo deseado; y no pensaba que aquel extranjero estaba en los comienzos de su nueva existencia y esperaba que ella le tendiese la mano para guiarle. Por descuido o por ignorancia, ella le dejaba allí, en el umbral, excluido, perplejo.

Y volvía a marchar, y lejano, por aquel mar, en aquel cascarón de nuez, se sentía cada vez más solo y más angustiado. Los compañeros, al verle tan triste, no se burlaban ya, como antes, cierto era, pero no se cuidaban de él, realmente como si no existiese; ninguno le preguntaba: "¿Qué tienes?" Era el *forastero*... ¡Quién sabía lo que llevaba dentro y por qué estaba así!...

No le hubiera esto apenado tanto si no se hubiese sentido en su casa tan extraño como en el

vaporcito. ¿*Su casa*? ¿Aquella, en aquel lugar de Sicilia? ¡No, no! ¡Todavía su corazón volaba a lo lejos, allá, allá, al país natal, a la antigua casa donde había muerto su madre, donde vivía su hermana, la que tal vez en aquel momento pensaba en él, y acaso le creía feliz...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1825 MONTERREY, MEXICO

X

Aun resistía en él una esperanza, último dique, último baluarte, contra la melancolía que le invadía y le ahogaba: la de que él se viera, se reconociese en su pequeñuelo y se sintiera en él, y con él, en aquella tierra de destierro, menos solo, ya no solo...

Pero también vió desvanecida esta esperanza, en cuanto contempló a su hijito, nacido hacía dos días, durante su ausencia. Parecíase todo a la madre.

—Moreno, moreno..., ¡el chiquitín mío!... Sicilianuco—le dijo Venerina desde la cama, mientras que él le miraba, desilusionado, en la cuna—. Corre las cortinas... Lo vas a despertar... No me ha dejado dormir en toda la noche, el pobrecillo: tiene los dolorcitos... Ahora descansa, y yo voy a aprovecharlo...

Cleen, conmovido, besó en la frente a su mujer, dejó el cuarto en penumbra, y salió de puntillas. En cuanto estuvo solo se llevó las manos al rostro, y sofocó el llanto que pugnaba por brotar.

¿Qué esperaba? Un signo, por lo menos un signo en aquel pequeñín, en el color de los ojos, en la pelusilla de la cabeza, que se lo manifestase *suyo*, extranjero también él, y que le evocase su país lejano. ¿Qué esperaba? Aunque se pareciese al

padre, ¿no crecería allí, como todos los demás muchachos del país, bajo aquel sol ardiente, con aquellas costumbres de vida, a las que él se sentía extraño, educado solamente por la madre, y por lo tanto, con los mismos pensamientos, con los mismos sentimientos que ella? ¿Qué esperaba? Extranjero, extranjero, también para su hijo...

Ahora, durante los dos días que pasaba en casa, trataba de ocultar su estado de ánimo; no le era difícil, porque nadie se ocupaba de él: don Pedro iba, como de costumbre, a pescar, y Venerina estaba por completo dedicada al niño, y ni siquiera dejaba que lo tocase su padre.

—Me lo haces llorar... No sabes tenerlo... Anda, anda, sal un poco... ¿Qué me miras?... ¿Te choca lo que he adelgazado?... Vete a hacer una visita a tía Rosa, que no viene desde hace tres días... Acaso quiera que le hagas la corte, como dice tío Pedro...

Fué una vez Cleen para complacer a su mujer, pero le acogió de tal modo la tía, que juró no volver más, ni solo ni acompañado.

—No está bien que vengas solo—le dijo doña Rosalía, vergonzosa y enojada, con los ojos bajos—. Lo siento, pero debo decírtelo; comprendo que eres mi sobrino, pero la gente sabe que eres forastero, con ciertas raras costumbres, y quién sabe lo que pueden creer... Solo, no puedo recibirte... Ya veré de ir a vuestra casa, si Venerina no quiere venir aquí.

Se vió, pues, echado a la calle, y no supo ni pudo reirse, como Venerina, cuando le contó el lance. Si ésta conocía las manías absurdas de aquella vieja loca, ¿por qué exponerle a hacer tan

ridículo papel? ¿Quería también ella reirse a costa de él?

—¿No has encontrado todavía un amigo?—le preguntaba Venerina.

—No...

—Es difícil: somos un poco huraños... Tú, además, eres muy encogido... ¿No quieres espabilar-te? Vete, por lo menos, en busca del tío: está en el puerto... Vosotros, como sois hombres, os entenderéis... Yo soy mujer, y no puedo darte conversación: tengo mucho quehacer...

El la miraba, la miraba, y sentía estímulos de preguntarle: “¿No me quieres ya?”—Venerina, al advertir que no se movía, alzaba los ojos de la costura, veía su aire consternado, y prorrumpía en una alegre carcajada.

—¿Qué me quieres? ¡Un hombrachón que se está en casa como un niño! ¡Dios bendito! ¡Aprende un poco a vivir como nuestros hombres: más fuera que dentro! No puedo verte así: me das lástima...

En la calle no le veía. Pero por el triste aspecto con que se disponía a salir, echado así de casa como un perro caído en desgracia, hubiera podido suponer su actitud al deambular por aquel pueblo, al que la suerte le había traído y al que ya odiaba.

A falta de cosa mejor, se iba a la agencia de Di Nica. Encontraba siempre al viejo a espaldas de los escribientes, con el cuello alargado y las gafas en la punta de la nariz, para ver lo que anotaban en los registros. No era porque desconfiase...; pero es muy fácil, en un momento de distracción, escribir una cifra por otra y desbaratar una

suma..., y además, para ver la letra... La caligrafía era su debilidad: quería los registros limpios, pulidos. Mientras tanto, en aquella habitación de planta baja, húmeda y sombría, era preciso, ciertos días, encender las luces a las cuatro de la tarde.

—¡Es una vergüenza, patrón Di Nica! ¡Con tanto dinero!...

—¿Qué dinero?—preguntaba él—. ¡Si me lo da usted!... Y además, ¿qué?... Aquí empecé, aquí quiero concluir...

Cuando veía entrar a Cleen, se alarmaba:

—¿Qué querrá? ¿Qué querrá?

Iba a su encuentro, con la cabeza hacia atrás, para poder mirar con sus gafas puestas sobre la punta de la nariz, y decía:

—¿Qué quiere usted, querido? ¿Nada? Tome entonces una silla y siéntese ahí fuera, a la puerta...

Temía que los escribientes se distrajesen de veras, y además, no quería que se enterase aquél de los negocios de la agencia antes del viaje.

Cleen se sentaba en el sitio indicado. Así, pues, ¿nadie le quería? Ya no llevaba la gorra de pelo; iba vestido como los demás; sin embargo, la gente se volvía a mirarle, como si estuviera expuesto allí, delante de la agencia; al punto veía hacer piroetas a algún mocoso, que, por sus alardes de payaso le pedía después “una perrita”; y todos se echaban a reír.

—¿Qué es? ¿Qué pasa?—gritaba Di Nica, saliendo a la puerta—. ¿Fantoques? ¿Títeres?

Y la chiquillería se desbandaba, gritando y silbando.

—Amigo mío—decía entonces Di Nica a Cleen—,

ya lo sabe usted, son salvajes. Váyase con Dios; hágame ese favor.

Y Cleen se marchaba. También molestaba al avariento y tirano viejo. Se iba a la playa, toda llena de montones de azufre, y con un profundo sentimiento de amargura y de disgusto, presenciaba la brutal fatiga de toda aquella gente, bajo el ardor del sol. ¿Por qué, con los tesoros que producía aquel tráfico, no se pensaba en hacer que trabajasen más humanamente aquellos infelices, reducidos a peor condición que las bestias de carga? ¿Por qué no se pensaba en construir los muelles en las dos escolleras del nuevo puerto, donde anclaban los buques? ¿Desde tales muelles, y mediante carros y vagonetas, no se realizaría con mayor rapidez el embarque del azufre?

—No se te escape nunca una palabra respecto a este asunto—le recomendó don Paranza, una noche, después de cenar—. ¿Quieres concluir como Cristo? Todos los ricos del país están interesados en que no se construyan los muelles, porque son los dueños de las gabarras que llevan el azufre, desde la playa, a los barcos. Así, pues, ten cuidado. Te crucificarían...

Y mientras tanto, por la playa, entre los depósitos de azufre, corrían al descubierto las aguas fecales que apestaban el pueblo; y todos se lamentaban y a nadie se le ocurría dotar de suficiente agua potable al pueblo sediento. ¿De qué servía todo aquel dinero, tan afanosamente ganado? ¿Quiénes disfrutaban de él? Todos eran ricos y todos eran pobres. Ni un teatro, ni lugar o medio alguno de honesto esparcimiento, después de tanto y tan enorme trabajo. En cuanto llegaba la noche

el pueblo parecía muerto, alumbrado por aquellos cuatro farolillos de petróleo. Y parecía que los hombres, entre las penas continuas y las desconfianzas de aquella lucha por el lucro, no tuvieran ni tiempo siquiera para el amor; así se mostraban las mujeres tan descuidadas, tan abandonadas. El marido estaba hecho para trabajar; la mujer para cuidar de la casa y parir hijos...

—¿Aquí?—pensaba Cleen—. ¿Aquí toda la vida?

Y sentía en la garganta un angustioso nudo de llanto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO
LEON
"ALFONSO REYES"
Aves. 1025 MONTEPERDIZ, MEXICO

XI

—¡El *Hammerfest*, llega el *Hammerfest*!—corrió a anunciar don Paranza, todo jadeante, a Venerina—. Tengo el aviso, mira: llegará hoy. Y *L'arso* se ha marchado... ¡Cochino diablo! No sé si volverá a tiempo para abrazar a su cuñado y a sus amigos...

Fué a escape a ver a Di Nica, con el aviso en la mano.

—¡Agostino, el *Hammerfest*!...

—Di Nica le miró como si le creyese perturbado.

—¿Quién es? No le conozco.

—El vapor de mi sobrino.

—¿Y qué quiere de mí? Salúdale de mi parte.

Se echó a reír, cerrando los ojos, con su peculiar risita de nariz, al oír la tontería que se le ocurrió a don Pedro en el tumultuoso desagrado que le ocasionaba aquel contratiempo.

—Si se pudiese...

—Desde luego—contestó Di Nica—. Dicho y hecho. Ahora mismo telegrafío a Túnez, y hago que se vuelva a uña de caballo. Puedes estar seguro...

—Siempre has sido muy gracioso—replicó don Paranza, dejándole plantado—. ¡Cuánto te estimo!

Y se volvió a casa, a engalanarse para la visita a bordo. Subió al *Hammerfest*, apenas entró en el puerto, y fué acogido con gran júbilo por todos los tripulantes, compañeros de Cleen. Don Pedro, que para los asuntos del viceconsulado se las arreglaba con cuatro habituales frasecillas, tuvo aquella vez que forzar terriblemente su imaginario conocimiento de la lengua francesa, para contestar a todas las preguntas que le dirigían sin orden ni concierto, como en un torbellino, referentes a Cleen; puso en un estado lastimoso su pobre camisa almidonada, con lo que sudó para explicar a aquellos diablos que él no era realmente el suegro de *L'arso*, puesto que la esposa de éste no era realmente su hija, aunque como hija la hubiese tratado desde niña.

No le entendieron o no quisieron entenderle: "*Beau-père! Beau-père!*"

—¡Bueno!—exclamaba don Paranza—. Me he convertido en *beau-père*.

No hubiera sido gran mal si, en calidad de *beau-père*, no hubiesen querido embriagarle, a pesar de sus vivas protestas:

—*Je ne bois pas de vin.*

No era vino. ¡Váyase a saber qué demonios le metieron en el cuerpo! Sentíase arder... ¡Y qué enorme trabajo para meter en la cabeza a toda la tripulación, que quería, a toda costa, conocer a la joven esposa, que no era posible, así, todos juntos!

—Sólo el *beau-frère*, sólo el *beau-frère*. ¿Dónde está? *Vous seulement... Venez, venez...*

Y lo llevó a casa. El cuñado no estaba enterado todavía del nacimiento del niño; traía solamente,

de parte de su mujer, unos regalos para Venerina. Sentía muchísimo no poder abrazar a Lars. El *Hammerfest* tenía que zarpar dentro de tres días para Marsella.

Venerina no pudo cambiar ni una palabra con aquel joven de estatura gigantesca, que le trajo a la memoria el día en que Lars fué llevado, moribundo, en la camilla, a la antigua casa del tío. Sí, a ella le había pedido aquel joven recado de escribir, para dejar aquella carta al abandonado; de él había recibido el maletín, y por haberlo visto llorar de aquella manera, atendió con tanto celo al pobre enfermo... Y ahora, ahora, Lars era su marido, y aquel coloso rubio y sonriente, inclinado sobre la cuna, su pariente, su cuñado... Quiso que el tío le repitiese en siciliano lo que aquél decía del pequeñuelo.

—Dice que se parece a ti—dijo don Paranza—. Pero no lo creas: a quien se parece es a mí...

Se le escapó esta observación por culpa de la porquería que le habían metido, a bordo, en el estómago. No quería mostrar la cariñosa ternura que había llegado a sentir por el niño, al que llamaba gatito. Venerina se echó a reír:

—¿Qué dice ahora, tío?—le preguntó poco después, oyendo hablar al extranjero, a su cuñado.

—¡Ten paciencia, hija mía!—exclamó don Pedro—. No puedo atender a los dos... Ah, *oui!*... *L'arso*, sí... *Domage!* ¡Qué rabia!, dice... ¿Eh?, seguramente, no será posible verle..., si el capitán, ¿comprende?... Ya, ya, *oui!*... *Engagement...*, asuntos comerciales, comprendo. El vapor no puede esperar...

Y sin embargo, no le fué evitado este último

color a Cleen. Por un retraso en la llegada de los conocimientos de embarque, el *Hammerfest* tuvo que aplazar un día la partida. Disponíase ya a zarpar de Puerto-Empedocles, cuando el vaporcito de Di Nica entró en el Muelle.

Lars Cleen se precipitó a un bote y voló a bordo de su barco, con el corazón palpitante. No razonaba ya. ¡Ah! ¡Marchar, huir con sus compañeros, hablar de nuevo su lengua, sentirse en la patria, allí, en su barco—su barco, que allí estaba, tan hermoso—, huir de aquel destierro, de aquella muerte! Se arrojó en brazos de su cuñado, lo estrechó hasta sofocarle casi, rompiendo irresistiblemente en copioso llanto.

Pero cuando los compañeros que le rodeaban le preguntaron, consternados, el motivo de aquel llanto convulso, reaccionó, mintió, dijo que no lloraba más que por la alegría de volverlos a ver.

Sólo el cuñado no le preguntó nada: leyó en sus ojos la desesperación, el violento propósito con que había volado a bordo, y le miró, para darle a entender que le había comprendido. No había tiempo que perder: sonaba ya la campana para dar la señal de marcha...

Poco después, Lars Cleen, desde el bote, veía salir del puerto al *Hammerfest*, y lo saludaba con el pañuelo, mojado por las lágrimas, mientras que otras brotaban sin fin de sus ojos. Mandó al bote que remase hasta la salida del puerto, para poder ver el vapor alejarse lentamente por la infinitud del mar, y alejarse con él su patria, su